



Trabajo



Año III :-: Se publica los Domingos :-: Aguilas, 21 de Mayo 1933 :-: Redacción: Aranda, 17 - bajo :-: Precio 15 cts.:-: Núm. 82

Pro Casa del Pueblo **Contra la sorpresa fascista**

Con permiso de los que infaliblemente ven acercarse la hora de la muerte de nuestra Casa vamos a dedicar nuestra atención hoy a lo que hace tiempo ha sido y sigue siendo, la ilusión sublime y la preocupación constante de los trabajadores uncidos bajo la bandera de la U. G. T. en toda España y por consiguiente en Aguilas.

La asamblea magna de hace un mes próximamente de la Casa del Pueblo (de la Casa del Pueblo) en donde se dió señales patentes y definitivas del anhelo que embarga a los trabajadores aguilenses, ha dado muestras de vida y actividad en la celebrada este domingo pasado. Gran contento para todos.

Nuestra ilusión quimérica está gestándose ya. Está tomando cuerpo, aunque por boca de nuestros enemigos nos estamos quedando en cuadro. Lo sentimos por la decepción que van a sufrir ante su equivocación.

Los trabajadores aguilenses van a demostrar una vez más que hacen cuanto se proponen. Lo tienen comprobado y ahora van a rubricar el dote que les envuelve el corazón y el amor a la causa de todos. No es que parará ahí la cosa. Los trabajadores tenemos muchos fines que cumplir con las generaciones venideras, porque nuestro propósito es legarles mucha menos miseria que a nosotros nos legaron nuestros antepasados.

Hoy la cuestión estriba en la construcción de una Casa del Pueblo; pero una casa cuyos cimientos superen por su solidez a cualquier otra particular. Y decimos que superarán porque esta obra será amasada con el galardón más honroso que puede aportar el hombre a toda empresa; será amasada con el sudor de todos los trabajadores que quieren dignificar su manera de ser. ¿Sacrificio? Mucho. ¿Ilusión? Más. Por consiguiente, como la ilusión supera al sacrificio, la Casa del Pueblo será una realidad.

¿Qué demuestra una Casa del Pueblo propiedad de los que solamente se desenvuelve entre miseria? Pues, en primer lugar, significa la virilidad de la revolución en marcha; después, el esfuerzo supremo de los que no tienen nada y aspiran a tener algo; y, sobre todo, demostrar palpablemente, sin sofismas, ni oquedad, que el cooperativismo es función redentora de todo trabajador; que con el cooperativismo, que es la acción de todo trabajador consciente, se consigue, aunque paulatinamente, todo aquello que se propone.

La obra ya está en marcha. La Comisión primitiva emitió el domingo su dictamen con tal acierto, que no ha sido enmendado ni el más pequeño detalle. Gran acierto también en la elección por parte de la asamblea. Comisión y asambleístas estamos de enhorabuena. Unos y otros no hemos tenido que rectificar.

En el dictamen se ha fijado un máximum de tiempo para emprender lo que se llama obra, que, a nuestro entender, creemos va a ser excesivo. Sabemos, y por ello no combatimos este punto, que son muchos los sacrificios que pesan sobre los trabajadores aguilenses que se cobijan bajo la bandera de la U. G. T., pero es tal la impresión de alegría que recogimos en esta última asamblea que no tenemos inconveniente en asegurar y decirlo públicamente que en ese plazo no sólo se habrá recogido el dinero para comenzar las obras sino que nuestra nueva Casa será una realidad.

Entusiasmo hemos dicho que sobra. Sacrificios de esta índole no le duelen a los trabajadores aguilenses. Así es que tal vez antes de lo que pensemos nosotros, nuestra nueva Casa, la Casa de los que aspiran a redimirse sin algaradas, ni quitar vidas ajenas, sino quitándonosla nosotros mismos para legarla a los que nos sucedan, esa Casa del Pueblo, repetimos, lucirá la enseña del trabajo, antorcha de prosperidad y fraternidad.

¿Alentar a los trabajadores para no desmayar? En todo momento. Por nuestra parte no cesaremos, aun a sabiendas de que no hace falta. Es tal el entusiasmo y la aspiración de todos en recrearnos en nuestro mismo esfuerzo, es tanta el ansia que anida en los trabajadores aguilenses por tener un espejo donde mirar su obra y que la miren los demás para que sirva de ejemplo, y es tanta la constancia que se ha puesto hasta hoy en todo aquello que ha sido iniciado por nuestra Casa, que no dudamos lo más mínimo que la realización de la nueva Casa del Pueblo, en un plazo inferior al que la Comisión ha fijado como máximum para recuperar el dinero, sea un cuerpo vivo que preste calor a todas las organizaciones aguilenses.

La confianza mata al hombre—dice el refrán. A nosotros esta confianza lejos de matarnos vivifica nuestro espíritu de lucha. Tenemos la seguridad que desde el domingo pasado toda mira de los trabajadores aguilenses organizados estará puesta en esta empresa que tanto nos ha de honrar a todos.

Se ve en la biología actual de todos los pueblos una desazón clara y enconada. Es la de avanzar cuanto antes, a costa de todo, aun de las esencias más sagradas. Unos, las derechas creen que el avance está en sus programas comedidos, y los de la otra orilla confían en lo mismo. Aquel clásico principio liberal de que el mundo ha de marchar lentamente y sin saltos ya casi se ha olvidado. Tuvo su virtud y la cumplió, no muy celosamente por cierto, y del abuso se secó. El liberalismo ha sido, no en su teoría, más sí en la práctica de todos los países, una bastardía y un ejemplo dañoso. Se tomó, a última hora, y nuestros días, los que estamos viviendo, lo acreditan, como una manera de conservar el poder de los encumbrados y de despreñar las ansias de los humildes. Se puede decir, sin ningún riesgo, que la democracia burguesa se implantó con un ánimo cohibido y receloso. Se temía que, de un momento a otro, el instrumento de selección política pasara totalmente a manos de los obreros. El sufragio universal es el testimonio más vivo de lo que venimos escribiendo. Se tuvo muchos escrúpulos y se empeñaron agrias polémicas en torno a si debían o no votar el ciudadano indigente, el ignorante, y la clase popular. Las aristarquias gobernantes, respaldadas en no sabemos cuales especiosos argumentos, desdeñaban y exilaban de la vida civil a los súbditos inferiores. En 1878, por fin, Bismark tuvo que rendirse al ímpetu proletario que comenzaba a asediar las antiguas fortalezas medievales. Y concedió la franquicia electoral, a regañadientes, como un mal menor. Su audacia, la audacia feudal, queremos decir, va de acuerdo con la zozobra que experimentan sus privilegios. Nunca, se mueven a instancias sanas de su propia iniciativa.

Pero el liberalismo, como tal, tuvo su función histórica en lo económico y en lo social. De una parte, rompió las ataduras que hacían imposible el desarrollo de las fuentes de riqueza, y, de otra, partió los estrechos moldes en que se encuadraba la vida social. Más una vez conseguidos sus objetivos se replegó. De revolucionario pasó a conservador. En la revolución francesa, a toda prisa, en la carta constitucional de sus derechos, hizo constar el respeto a lo que, en ade-

lante, sería el nervio de su vida. «La propiedad es sagrada e inviolable», y a seguidas se convirtió en la guardia del capitalismo.

El cinturón de defensa que tiene la burguesía es sólido y bien cimentado; más no es difícil de asaltar. Cañones y bayonetas rodean su baluarte, y en estos momentos, angustiada, empavorecida como si su defensa fuera poca, requiere el concurso de histerios—Mussoline, Hitler, ¿qué más da?—para asirse ferozmente a sus egoísmos. El antecedente queda ahí, bien claro, a la vista de todos. Es ella, la plutocracia, la que se coloca fuera de la ley. El golpe de Estado en Italia, la ascensión nazi en Alemania de idéntico linaje, por más que se quiera disimular, patentizan su deserción de la democracia. Los resortes legales ya nada valen y se propugna, descarada y cínicamente, la fuerza.

Aquí mismo, en España, a pesar de la tímida revolución que se ha operado sobre el cuerpo nacional, en vista de ella y para desdibujarla, se ha querido acudir a la misma receta. Vano empeño. El afán ha quedado estrangulado antes de nacer por una declaración del Partido Socialista y de los partidos republicanos de izquierdas.

No nos engañemos inocentemente, sin embargo, que el enemigo más temible—temible por taimado—no está solamente en ese fascismo nonnato, y sí en otras tiendas con etiquetas republicanas. La misma obstrucción ya es un síntoma, bien revelador, aunque para justificarla se eche mano de cualquier pretexto. No. Es fascismo también.

Nuestra Ejecutiva se ha reunido y, atendida la curiosidad con que se espía su declaración, ésta ha de ser interesante sin duda. «El Socialista», igualmente, la semana pasada terminaba así: «Si se consuma la muerte del Parlamento, ¿qué nos toca hacer?». Y contestaba: «Cumplir siempre, en todo instante, con nuestro deber».

Eso mismo conviene recordar hoy, y aún más, tocar a rebato y decir que no tenemos que esperar a que agonice la labor de la Cámara. Ahora, ahora mismo,—por algo estas líneas van firmadas por un joven—conviene ponernos en pie. No es histerismo blando sino deseos de vencer. ¿Democracia, no? Tan conformes. Vamos a vernos en medio de la lucha y a fiar a ella el resultado. ¡Alerta, camaradas!

ANTONIO CHAZARRA GALLUD

